

 Chelo
Díaz Toledo

Sin excusas

Autoficción en verso libre



Prólogo

De pronto, me encontré asomada desde una de las escalinatas, observando el espectáculo de la muerte. Una oscura niebla envolvía la escena, que, de alguna manera, se parecía a mi sueño de la noche anterior. Había unos hombres vestidos de blanco que trasladaban un cadáver hasta la orilla del Ganges, donde lo sumergieron unos segundos antes de depositarlo un poco más arriba, junto a una montaña de troncos.

El trabajo previo a la conclusión del ritual consistió en despojar el cuerpo de todos los adornos que lo cubrían, ya fueran guirnaldas de flores o telas que servían como envoltorio de los restos mortales que se adivinaban tras ellas.

Esta ciudad antigua, aunque nueva para mí, me mostró todos los secretos y, aun así, continuó siendo misteriosa e impenetrable. Me enseñó una vida en esencia muy humilde, y también una muerte muy explícita, hasta dejarme contemplar la piel pegada a los huesos de esos seres que, casi con toda seguridad, habían abandonado el mundo de la realidad física solo unas pocas horas antes.

Una vez descubierto el cadáver, pude verlo unos segundos, como a cámara lenta, mientras lo trasladaban dos hombres muy

delgados de tez oscura hacia una pendiente que se formaba por encima de la orilla. Tuve la sensación de que los movimientos de estas personas eran respetuosos e incluso que observaban cierta ceremonia. En mi nebuloso recuerdo, la escena se desarrolla cargada de aroma de incienso, aunque mi olfato estaba confundido por un olor que se parecía mucho al de las hogueras corrientes y que se elevaba ya por encima del río y de nuestras cabezas.

Densas columnas de humo ascendían de otras dos piras más lejanas, ya prendidas desde hacía un tiempo.

Por supuesto, había una vaca que se daba un festín de flores amarillas, parecidas a crisantemos, enjaretadas en una cuerda que, seguramente, hacía poco estaba aún adornando el cuerpo de algún ser humano que había partido, felizmente liberado del ciclo de reencarnaciones, tal como establece la creencia hinduista para todo aquel que fallece en los alrededores de Benarés.

El ritual de cremación se producía dentro de un círculo en continuidad: dicen que tanto de día como de noche esas hogueras elevan al cielo sus columnas de humo y dejan en el río sagrado las cenizas resultantes de la combustión.

Observé algunas diferencias entre las piras funerarias, ya que algunas semejabán auténticas pirámides de leña y estaban incluso protegidas por una verja, tras la cual los familiares acompañaban al difunto hasta la oración final.

En cambio, en otros casos, la leña apilada era escasa y daba la impresión de que no sería suficiente para incinerar completamente el cuerpo situado sobre ella.

Decidí no pensar más en esos lúgubres detalles y eché a caminar hacia Dashhashwamedh Ghat, donde un rato más tarde tendría lugar otro evento para experimentarlo en toda su intensidad: la ceremonia de Ganga Aarti.

Tras el espectáculo de la muerte estaba el de la vida, porque son los vivos los que dan ese toque de *show* a todo lo que acon-

tece en los *gaths*. Esta ceremonia, mucho más amable, incluye el espectáculo de la luz y del sonido, añadiendo también el fuego y la danza hinduista en forma de coreografía ancestral. Se celebra un ritual como acto de agradecimiento al Ganges, principal protagonista de la fiesta.

Había niños y adultos de distintos tonos de piel bañándose en las orillas, refrescándose del tortuoso y húmedo calor. Purificándose al mismo tiempo por todas las vidas anteriores, hechas tal vez de dolor, sufrimiento y miseria. Salpicadas de cuando en cuando de alguna alegría.

Seguramente trataban de aliviar una parte de ese interminable sufrimiento samsárico con el ritual del agua. Quizás con la voluntad secreta o explícita de acudir a ese espacio conectado al cielo y a la tierra por igual para pedir la protección de Shiva, que es el dios del caos y de la creación, de lo incomprensible y de los eventos materiales más sublimes relacionados con la existencia. Conectando, en fin, los dos polos de una misma realidad, que a su vez es relativa y sagrada. Convirtiendo de paso lo dual en unidad para sustituir la imperfecta percepción sensorial de las cosas burdas en intuiciones del cuerpo sutil.

Era la hora del atardecer. Poco a poco, se fueron congregando muchas personas de todos los lugares de la India y de mucho más lejos para ver el espectáculo.

Me habían marcado la frente con algo parecido a lodo, entre grisáceo y color garbanzo, que luego reconocí como ceniza. Y también con un tinte rojo encima del entrecejo, señalando el tercer ojo, el ojo de la intuición de Shiva, el que ve más allá de la realidad física.

Sentí un estremecimiento por todo el cuerpo cuando aquel hombre de piel cobriza puso su dedo pulgar sobre mi frente, susurrando unas palabras apenas de forma audible. Me fijé en sus

labios y parecían hacer todo el rato los mismos movimientos, así que pensé que estaría recitando algún mantra para bendecir.

—*Om Namah Shivaya... Om Namah Shivaya... Om Namah Shivaya.*

Más tarde he podido conocer el origen de esta tradición de las cenizas: las escrituras shivaístas dicen que, con la mirada ardiente de su tercer ojo, Shiva quema el universo, incluidos en él a Brahma y Visnú, dioses considerados menores en esta iconografía, y luego recoge el polvo de sus cenizas untándolo por todo su cuerpo. Por eso los adoradores de Shiva se cubren de cenizas.

El hecho de recibir bendiciones en los *gaths* de Benarés no implica, por otra parte, que sean libres y gratuitas, como me hubiera gustado, porque tenía la idea romántica de que en medio de tales ceremonias no podía estar circulando el dinero. Sin embargo, en algún momento hay que corresponder a esas bendiciones con algunas rupias.

Algunos niños portaban lámparas con las que trasladaban la luz hasta el agua del río, iluminando su curso de forma semejante a un espejo que refleja en su superficie el estrellado cielo.

El protagonista de todo este entramado sagrado y profano al mismo tiempo era un *sadhu* subido a una plataforma similar a una pasarela de modelos. Estaba allí de pie, en medio de la multitud, susurrando palabras, barriendo con hojas de palmera la espalda y la cabeza de los que podía alcanzar. Aparentaba tener más de setenta años. Tenía la piel arrugada cayéndole en pliegues junto con su enmarañada barba gris y blanca. Llevaba el cabello con sus rastas recogido en un singular moño del que partían algunos de estos tupidos tirabuzones amasados que parecían estacas, apuntando indiferentes a todos lados.

Como la mayoría de los *sadhus* que habitan aquella orilla del Ganges, estaba desnudo, con esa desnudez despreocupada de los hombres santos y locos de la India. Fijándome bien, me pareció

que tenía un miembro viril demasiado desarrollado para el uso que un *sadhu* había de darle, que es, a la sazón, solamente el de orinar. En su mano izquierda sostenía una larga vara de madera, a modo de báculo de Moisés, en la que había enrollado el miembro y los testículos, todo en el mismo paquete. ¿Cómo lo había logrado?

Lo miraba a él también en una ensoñación, como todo lo que pude observar aquella tarde, a través de una percepción brumosa y distorsionada, tal vez más de lo habitual.

Las creencias hinduistas me parecieron extrañas en esos momentos. Porque quizás incinerar un cadáver es algo normal, una obligación moral de la familia y de la sociedad y un mandato espiritual ineludible a los ojos de un hindú. Pero retorcerse el sexo, mientras se malvive en la mendicidad, tumbándose al sol en una escalinata y dándole vueltas a un mala para hacer el recuento de los mantras recitados entre dientes, me pareció algo carente de sentido.

No sé cómo se las ingenió aquel país del sudeste asiático para hacerme pensar buena parte del tiempo que allí pasé en ese presunto y tan cacareado tema occidental del sentido de la existencia. Además, estas ideaciones también aparecen cuando estoy en la isla en que nací, la que sigo habitando. En mi isla real y figurada, donde me abstraigo muchas veces en busca de sentido.

Era curioso que, mientras observaba todos aquellos trajes espirituales y ceremoniales, no estaba pensando en la muerte, sino en la vida. Pensaba en mis padres, cuando estaban en el plano físico conmigo, y también antes de mí, cuando habitaron el vientre de sus madres. Después de que los concibieran en la oscuridad de humildes habitaciones. Y eso me llevaba una y otra vez al sinsentido de la existencia samsárica, observando en mi mente el desfile de imágenes que había ante mí, en la misma bruma de antes, con el continuo trae y lleva, el movimiento pendular que

viene y va y que va y viene, en constante contracción y expansión, formando la materia en la que se construye la vida cotidiana.

Meditaba sobre cuál habría sido el karma que me llevó hasta aquella orilla del Ganges para analizar esas cuestiones, inmersa en el aroma del incienso, las especias y el sudor de los hombres y mujeres apiñados y en estrecho contacto, a mi izquierda y a mi derecha, delante y detrás de mí. Todos conformábamos un manto que desde lo alto podría parecer una alfombra cubierta de alfileres con cabecitas de múltiples colores.

Evoqué no solo el mío, sino el karma de mis padres, abuelos y bisabuelos, la rueda del *samsara* girando imparable, dándome así un nacimiento humano, que me llevó al cabo de años a Benarés y a la India, donde la existencia se me antojaba aún más dura y difícil que la de mis antepasados directos, desde la primera respiración. Desvié mis pensamientos hacia los niños creciendo en el incesante movimiento de aquel país, en la difícil respiración por las calles polvorientas, con un ensordecedor ruido del tráfico más caótico que he conocido hasta el momento. Y pensé: «¿Qué será de este territorio sumido en el caos y la pobreza, aunque disfrazado de potencia emergente?».

Después observé cómo se fue haciendo de noche mientras el sol se iba ocultando a mi espalda y el escenario se preparaba para que las luces y las lámparas de aceite brillaran y conmovieran nuestra mirada occidental. Cientos de personas en el *ghat* y algunos cientos más desde los barcos que flotaban plácidamente en el río se disponían a observar aquel bello espectáculo.

Llegué a Benarés a primeros de febrero de 2019 desde Agra, tras pasar una noche entera en un infernal viaje en autobús. El traqueteo por las carreteras secundarias de la India se asemejaba a una navegación en plena tormenta, un continuo de olas azotando una frágil barquita y zarandeándola en todas direcciones. Qué puedo decir de los socavones laterales, que eran casi zanjas

en los márgenes de unas vías que apenas habían conocido el color del asfalto. Cuando me despertaba en medio de uno de aquellos vaivenes, imaginaba, entre dormida y despierta, que aquel vehículo iba a volcar. Pero no llegó a hacerlo. Esas fueron emociones fuertes en la India, solo superadas por la bienvenida a las cuatro de la madrugada en el aeropuerto de Nueva Delhi. Tras un cansado desfile hasta el mostrador de aduanas, nos esperaban la calle, el humo negro, la contaminación, el caos. Y el viaje en *tuc-tuc* atravesando calles en diagonal, en medio de nuestras risas nerviosas de occidentales, cansadas, pero a tope de adrenalina.

Pero volviendo al viaje hasta Agra, me viene el recuerdo de imágenes oníricas que se mezclaban con el traqueteo del viaje. Visualicé a una mujer que se convertía en árbol y que avanzaba arrastrando sus raíces y moviendo unos brazos que le brotaban de los hombros y los costados. Su cabeza ladeada mostraba tres ojos, nariz pequeña, boca sonriente y una abundante cabellera cubierta por un velo que tocaba el suelo.

La acompañaban espíritus que sobrevolaban el polvo de la ciudad, que no sé si era Delhi o Benarés, inundada de mil sonidos y del humo de vehículos que me cuesta describir. Tal era la procesión hinduista que desfilaba ante mi mirada onírica y expectante. Una mirada similar a la que tenía también durante la vigilia por las calles de cualquier ciudad, sobre todo, en Delhi.

No era ya que en mis sueños aparecieran imágenes mezcla de fantasía y realidad, alborotadas por el ruido y el movimiento de aquella tartana, sino también el dolor, que no había cesado desde el cuarto día de viaje, cuando, bajando un pequeño escalón, me torcí el tobillo en un hotel de Jaipur. Sentí entonces el desgarramiento interno de los tendones y los músculos del pie, con fuerte sensación de mareo, escalofríos y temblores.

Aun así, decidí seguir el camino. Algo me decía que aquel era el viaje definitivo a la India. Llevaba años planeándolo después

de que se hiciera figura en mi conciencia y tenía que completarlo para cerrar el círculo.

No obstante, la historia que voy a relatar tiene su génesis a muchos kilómetros de la India, en una isla cercana al continente africano, acariciada por las mareas del océano Atlántico.

Comenzaré en un pasado algo lejano. Porque una historia de vida, aunque a veces lo olvidemos, tiene su inicio más allá de las fronteras que marca el nacimiento biológico y sienta sus raíces profunda y obstinadamente en las células que conformaron otros cuerpos, en las experiencias que marcaron emociones precedentes, así como en los espíritus que les insuflaron la energía vital para desplegar sus deseos, acciones, emociones, sentimientos y pensamientos, en el tiempo y el espacio que conforma su fugaz existencia samsárica.

PRIMERA PARTE

*A no ser que haya dioses
grandes y chicos
y unos sean de los pobres
y otros de ricos...*

Del tema musical *La muerte*¹

¹ Extraída del vinilo *Los Sabandeños en concierto*, Sonoisla Producciones.
Grabado en el Teatro Leal de La Laguna en octubre de 1988.

I. El sur y el éxodo

Cuando los llamados conquistadores se encontraban realmente afanados en la dominación a sangre y fuego de lo que hoy conocemos como América del Sur, en la isla de Tenerife, la comarca de Isora aún formaba parte del Menceyato de Adeje, que, por lo que sabemos hoy, fue dividida posteriormente en cinco achimenceyatos, llamados Adeje, Isora, Taucho, Tamaimo y Chasna, según crónicas de Juan Bethencourt Alfonso.

El malpaís de Isora constituía la línea divisoria entre Daute y Adeje. Sin embargo, también este malpaís y todo su entorno, hasta abarcar a las islas en su totalidad, cayó en manos castellanas en el siglo XVI.

No está muy claro por qué se retrasaron casi cien años en conquistar unas tierras pobladas por grupos de aborígenes que no conocían ni siquiera el torno para elaborar la cerámica y que la dejaban secar al sol, pues tampoco usaban hornos para su cocción y endurecimiento. Al menos, en lo que se refiere a los guanches de Achinech. Y con esto no intento desmerecer su forma de vida, más acorde con los ritmos de la naturaleza que la actual, sino que se me hace difícil imaginar cómo lograron prolongar su propia

agonía, siendo una parte de la humanidad que, sin remedio, se encontraba en peligro de extinción.

Dicen que fueron valerosos y nobles. Que los bárbaros vinieron no solo con armas mortíferas, sino valiéndose de mil engaños y tretas para las que la nobleza de estas gentes no podía estar preparada. También dicen que preferían morir antes que caer en la esclavitud, por lo que algunos de ellos eligieron morir lanzándose por alguno de aquellos barrancos, ya que consideraban extremadamente desabrida, esto es, insulsa y amargamente vacía, una vida sin libertad.

Así que, una vez consumada la mentada conquista, los señores de Castilla se fueron instalando en tierras de las medianías, intentando encontrar espacios donde hubiera agua para poder cultivar. Allí tomaron contacto con los aborígenes, a los que cristianizaron bautizándolos en el nombre de Dios Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, con aquella misma agua, bendecida ahora por la Santa Iglesia. Y fue así de tal manera que estos cristianos nuevos llevaron, en su mayoría, el apellido de los patronos que los habían esclavizado o adoptado para el servicio a su familia.

Agua había en el Barranco del Infierno, que debía bajar desde la zona montañosa que circunda las Cañadas del Teide, viniéndose a posar en un bello paraje del menceyato de Adeje, que, a la sazón, según el relato histórico mezclado con leyenda, se rindió sin oponer resistencia alguna a los usurpadores.

La gran fortaleza rocosa de mil metros de altura, de atractiva forma, levantada por la Madre Naturaleza en aquellos parajes, sirvió como objeto totémico y centro para la celebración de danzas y rituales. Y parece ser que los habitantes antiguos de la zona consideraron aquella gran piedra con el honorable título de roca sagrada.

El que hoy se conoce como Roque del Conde, y a cuyo pie abundan ahora urbanizaciones de lujo y hermosos jardines, si-

tuados en el municipio donde conviven personas de más de cien nacionalidades diferentes a la sombra del sector turístico, fue en aquellos tiempos antiguos testigo mudo del modo de vida de aquel pueblo guanche congregado bajo sus faldas.

Aún hubo otros acontecimientos dignos de resaltar. Porque no todos los pobladores se rindieron sin más. Hay una preciosa leyenda que nos habla de un noble líder de nombre Ichasagua. Congregó consigo a los que renegaron de la cristianización y todos juntos montaron allí mismo, al pie del roque, sus buenas viviendas dentro de las oquedades y algunos chamizos para las cabras y las gallinas. Luego pasaban los plácidos días, soleados la mayor parte del año, en su valle, sintiéndose protegidos bajo su imponente figura. Pero creo que esta felicidad duró bien poco porque los castellanos habían venido para quedarse.

Cuentan algunos de mis mayores que, tras la rebelión, a Ichasagua lo sorprendió un amanecer al pie del roque.

A su espalda había dejado una caverna convertida en hogar donde quedó la mujer dormida, la que respiraba la esperanza y estaba preñada de horizontes nuevos.

Pasó la noche al raso, dándole vueltas a mil preocupaciones. Escuchando el croar de las ranas en la charca, el balar de los baifos más madrugadores del rebaño, al mismo tiempo que echaba ojeadas fugaces a las estrellas en lo alto, en la lúcida noche de luna nueva, sin una sola nube.

Alboreaba ya por la costa, al frente, un poco a su izquierda. El corazón le latía tan fuerte que le dolía cuando percibió el primer canto de los gallos.

Entonces vio subir por la vereda polvorienta a aquellos hombres. Al principio eran como sombras nebulosas. Pero luego se fueron haciendo figura, cada vez más intimidantes y cada vez más oscuras. Esforzó los ojos aún un poco más y distinguió entre

ellos al hermano de Pelinor, ahora conocido como don Pedro de Adeje. Y se dijo:

—¿Aquel de allí no es el que hasta hace poco era el mencey de Tacoronte? —Se pasó la mano por la frente empapada en sudor—. Oh, es el fin, estamos perdidos; no sé qué voy a hacer ahora. A parlamentar vienen en nombre de su nuevo Dios y de su amo, el de Lugo... ¿a qué viene el renegado este?, ¿a convencerme de que puedo vivir sin libertad?

Nunca antes sintiera Ichasagua soledad tan densa ni amarga como aquella. Esto era estar solo, se dijo mientras echaba miradas ya nostálgicas en derredor suyo a aquel paisaje que ahora le parecía agónico.

Porque con su gente y en su pueblo de Adeje, con el roque y a su sombra, nunca había conocido la soledad. Pero ahora el sol empezaba a asomar frente a su rostro, de forma que, en vez de esperanza, le traía amargura y desolación.

Las sombras de los nuevos cristianos, cuyas figuras estaban tan cerca que casi podía olerles el aliento, se alargaron como enormes rejas y luego se convirtieron en gigantescos cuervos volando en círculo tenebroso sobre su cabeza.

Él echó una última mirada a la fortaleza rocosa que le sirviera de abrigo, agarró su cuchillo con ambas manos y se lo enterró en el corazón.

Se había terminado de verdad la aventura. Fue el último mencey de Achinech, reconocido por los pocos que se alzaron contra el orden castellano.

Tocaba la sumisión para los vivos, incluyendo a la mujer amada y al que estaba por nacer.

Cuentan que en aquel lugar de triste recuerdo, árido y pedregoso brotaron las flores. Quizás en homenaje a aquel pueblo vencido que finalizaba su historia.

No puedo asegurar si las lecturas de estos días respecto a los antiguos pobladores y la conquista de Canarias son las que me hicieron evocar estas imágenes, mezcladas con leyendas de la gente mayor del sur de esta isla. En una vigilia algo adormilada se me representaron escenas como en un teatro, tan brumosas como vívidas al mismo tiempo. De todas formas, reflexiono, aunque aún no me he puesto a investigar sobre la alta probabilidad de que entre mis genes haya un gran componente castellano y prácticamente nada de aquellos guanches que aquí vivieron.

Por lo que toca a la historia oficial, la verdadera oposición a los castellanos tuvo lugar en la zona norte de la isla, donde quedaron las huellas de terribles batallas y donde dos municipios quedaron designados con los nombres que los vencedores finalmente les otorgaron. Uno es La Matanza, porque ahí vencieron los guanches. El otro es La Victoria, refiriéndose el nombre a la victoria de los conquistadores, ambos de la comarca de Acentejo. Y ya por el año 1496 estaba la conquista hecha.

Sin embargo, quiero referirme en este relato concretamente a la zona del sur. En el siglo XVI se aludía a esta comarca como el malpaís de Isora, lugar que ofrecía serias dificultades para el asentamiento poblacional, poco adecuado para plantearse la subsistencia dadas las condiciones del terreno.

Algunos cronistas definieron la zona como «una tierra donde reina la más desolada aridez». Es el caso de Sabino Berthelot. También Verneau describió el camino entre La Orotava y Guía, rodeando el Teide y el volcán de Chahorra, y dejó dicho que no conocía «ningún camino más penoso», ya que abundaban por todas partes «lava, piedra pómez y escorias que resbalaban bajo los pies».

Son relatos que resaltaron el aislamiento sufrido en semejantes circunstancias geográficas. Todo esto explica en parte las mi-

graciones que tuvieron lugar algo más tarde, sobre todo, hacia Cuba y Venezuela.

Todavía a finales del siglo XIX la situación económica era muy difícil para toda la comarca de Isora. Conocemos en parte la situación social de la época por algunos censos electorales que registraron el número de votantes en algunos de aquellos pequeños pueblos. En dichos censos se recogía el importante dato de los «cabezas de familia» que sabían leer y escribir. Parece ser que en Chío había en 1890 poco más de cien electores y que solo unos quince podían entender la palabra escrita y, además, eran capaces de escribirla.

Las familias pudientes poseían en su mayoría buenos rebaños de cabras y ovejas, además de tierras, procedentes en su mayoría del reparto que habían hecho los castellanos en el siglo XVI. Al parecer, hubo ciertas querellas por esas mismas tierras, cuando, por ejemplo, unos vecinos trataban de cultivar algún trozo de terreno que a todas luces se encontraba abandonado y yermo, intentando conseguir alguna cosecha para la subsistencia. Algunos de esos intentos de producir en tierras ajenas fueron castigados por la justicia, aunque con el descargo y la justificación de que se trataba de «hombres pobres».

Mala visión ofrecía el horizonte aquel desde el que arribaron los castellanos a la costa del sur. Aun así, algunos, mientras cuidaban las cabras, buscaban algo de tiempo y de espacio para suspirar por una vida mejor. Para regatearle algo de energía al patrón, al maestro, al don que los había puesto a trabajar desde niños en las tomateras o las plataneras a cambio de un salario que apenas daba para las alpargatas de la familia.

Gloria vino a nacer en Vera de Erques, donde el sur de una isla pierde su exótico nombre para convertirse en ninguna parte. Un erial con apenas veinte casas esparcidas entre cuevas y peñascos, donde con algo de suerte llueve siete u ocho días en un año.

Ahí nació, como digo, en una casa humilde, de suelo de tierra, poco antes de estrenar el siglo xx. Sus padres trajeron al mundo otras cinco hijas, y quién sabe por qué milagro del destino o ejercicio reforzado de la voluntad dejaron de engendrar hijos en ese punto, cuando aún la matriarca era fértil y fuerte.

Quizás fue por pura superstición, porque en la época circulaba el rumor de que alumbrar siete hijas seguidas conllevaría la desgracia de que la menor naciera ya como bruja, condenada a barrer de por vida con su escoba voladora todo el polvo acumulado en el suelo desnudo de losetas y sin la más mínima capa de cemento.

Me cuesta adivinar la infancia de Gloria en aquel lugar. Sé que no llegó a pisar la escuela. De muy joven empezó a trabajar en las tomateras y caminaba kilómetros para ganar un jornal que no alcanzaba para gran cosa.

Sé también, por anécdotas de Rebeca, que su madre era muy asustadiza. Los sonidos de la noche en lo oscuro del campo o el crujido de las vigas de madera en su habitación despertaban sus temores. Por eso, más de una vez había salido despavorida de la finca en la que trabajaba junto con sus hermanas mientras ellas se preguntaban cuál sería el motivo de tales urgencias.

